

Serie La Epístola de Santiago

- Capítulo 3: 1-12 -

Septiembre 7, 2022

INTRODUCCION:

1 Hermanos míos, no pretendan muchos de ustedes ser maestros, pues, como saben, seremos juzgados con más severidad. 2 Todos fallamos mucho. Si alguien nunca falla en lo que dice, es una persona perfecta, capaz también de controlar todo su cuerpo.

Santiago 3:1,2

¿Cómo podemos introducir un tema incómodo que, probablemente, la gente no desea oír? Una opción es zambullirnos de una vez en él, como lo hace Santiago en 2:1, al tratar el asunto de los favoritismos. Sin embargo, en el capítulo 3, escoge un método menos directo, acercándose sigilosamente para tomar a sus lectores por sorpresa. Comienza con la exhortación de que no muchos debieran pretender ser maestros, dando la impresión de que la enseñanza es el asunto central de la sección siguiente, pero hay un tema más elemental que él desea tratar que afecta a los maestros y a todos nosotros: El poder de la lengua. Pero primero, veamos su exhortación a los maestros.

Hay un par de cambios de enfoque importantes que tienen lugar aquí en respuesta a por qué no todos debieran esforzarse por ser maestros. La respuesta es que los maestros serán considerados bajo una norma más elevada y serán juzgados con mayor severidad. Volvamos ahora a examinar este pasaje con mayor detenimiento y consideremos los cambios de enfoque. Santiago comienza dirigiéndose directamente a su audiencia usando un verbo en plural («no pretendan muchos de ustedes ser maestros»). El plural ‘ustedes’ comprende una exhortación menos directa, comparado con el uso de ‘tú’, lo cual habría individualizado a las personas. Pero entonces, Santiago cambia el enfoque y se incluye en la declaración de apoyo (“*seremos juzgados con más severidad*”). Luego, en lugar de continuar tratando los problemas relacionados con la enseñanza, Santiago profundiza en el tema subyacente –cómo usamos el lenguaje. La exhortación de Santiago en relación a los maestros deriva en una enseñanza de amplia aplicación acerca de la lengua en los versículos 2–4.

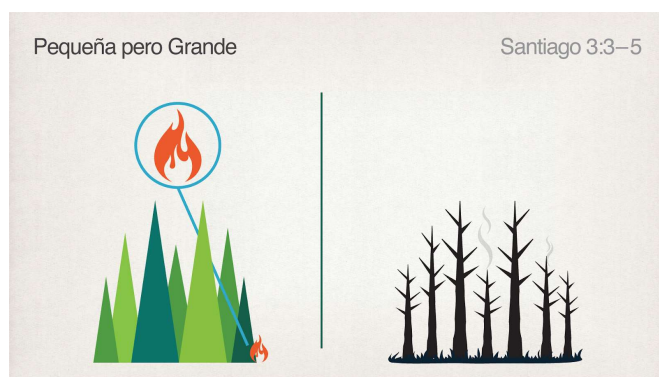
Santiago comienza con la observación general de que todos fallamos mucho; luego, reformula esta idea para crear un corolario – si alguien *nunca* falla, entonces es perfecto o está completo. En la segunda mitad del versículo 2, Santiago entra en detalles de lo que quiere decir por ‘perfecto’. Alguien perfecto es capaz de mantener todo su cuerpo bajo control y aquí viene el cambio de enfoque desde el cuerpo humano en su totalidad a la parte que es más difícil de

controlar; pasa de la responsabilidad de los maestros a la responsabilidad que todos tenemos en relación al uso que hacemos de nuestra lengua.

Las ilustraciones del caballo y los barcos que Santiago entrega en los versículos 3–4 comparten un elemento en común: el controlar una pequeña parte, hace posible controlar efectivamente el todo. Una pequeña pieza permite al jinete controlar las acciones del caballo, y lo mismo se aplica al timón de un barco, el cual es diminuto en comparación con el barco entero.

Ahora bien, ¿de qué manera se relacionan estos ejemplos con los maestros que enfrentarán un juicio más severo y con el hecho de que todos fallamos de muchas formas? Resulta que el cuerpo humano tiene su propio apéndice similar a un timón, que puede dirigir a todo el ser, para bien o para mal. Ese mismo miembro controla efectivamente todo el cuerpo, tal como ese pequeño freno en la boca de un caballo.

Santiago une los puntos de sus ilustraciones con el argumento principal en el versículo 5, al usar «así también». Si bien la lengua puede parecer pequeña e insignificante, no obstante puede la boca hacer alarde de grandes cosas. ¿Es esto necesariamente bueno? No necesariamente; todo depende de la naturaleza de tal jactancia.



3 Cuando ponemos freno en la boca de los caballos para que nos obedezcan, podemos controlar todo el animal. 4 Fíjense también en los barcos. A pesar de ser tan grandes y de ser impulsados por fuertes vientos, se gobiernan por un pequeño timón a voluntad del piloto. 5 Así también la lengua es un miembro muy pequeño del cuerpo, pero hace alarde de grandes hazañas. ¡Imagínense qué gran bosque se incendia con tan pequeña chispa! (Santiago 3:3-5)

Pequeña pero grande: Santiago hace uso de ejemplos tangibles de nuestro mundo para reforzar su planteamiento acerca del potencial destructivo de la lengua. De la misma forma que el freno de un caballo o el timón de un barco puede dirigir el curso de algo mucho más grande, la lengua puede dirigir nuestro cuerpo entero. Y de la misma forma que una pequeña chispa puede reducir a cenizas todo un bosque, la lengua puede producir una destrucción masiva.

La advertencia de Santiago acerca de la lengua cobra hoy más importancia que nunca, ya que actualmente, aparte de la necesidad de controlar nuestro hablar con los que nos rodean,

debemos también cuidar nuestra lengua ‘electrónica o virtual’. El anonimato que proporciona Internet ha producido formas retóricas más violentas que las que se usan en el diálogo interpersonal. La naturaleza impersonal de los mensajes en línea y por correo electrónico facilita el escribir cosas que nunca diríamos a una persona que se encuentra frente a nosotros. Agreguemos a esto la falta de gestos, entonación y otras señales no verbales, y concluiremos que la comunicación electrónica ofrece claramente un mayor potencial de malos entendidos y malas interpretaciones que lo que ofrece el hablar en persona, aunque ambas conduzcan al mismo tipo de resultados devastadores. Controlar nuestro lenguaje en cualquiera de sus formas, afectará de manera significativa nuestra relación con los demás. Debemos prestar atención a la advertencia de Santiago de no incendiar o destruir nuestras relaciones.

En el versículo 6, Santiago lleva su ilustración del bosque al nivel siguiente, al declarar que la lengua misma es un fuego, un ‘mundo de maldad’, una fuerza destructiva e inmoral que puede causar los mismos estragos que un bosque incendiado. El resto del versículo profundiza en los efectos de la lengua –contamina e incendia. La última mención a «prende a su vez fuego» al final del versículo, describe al mismo infierno como la fuente del fuego producido por la lengua. Esta declaración describe ahora con mayor precisión a la lengua, pasando de una llama genérica a una herramienta más siniestra. No debemos subestimar el potencial destructivo de este pequeño órgano del cuerpo.



6 También la lengua es un fuego, un mundo de maldad. Siendo uno de nuestros órganos, contamina todo el cuerpo y, encendida por el infierno, prende a su vez fuego a todo el curso de la vida. **7** El ser humano sabe domar y, en efecto, ha domado toda clase de fieras, de aves, de reptiles y de bestias marinas; **8** pero nadie puede domar la lengua. Es un mal irrefrenable, lleno de veneno mortal. (Santiago 3:6-8)

Cómo domar la lengua: Cada año la gente gasta grandes sumas de dinero para ver representaciones artísticas de animales. Nuestra habilidad de hablar, entre otras cosas, nos permite entrenar y dar órdenes a los animales, incluso a aquellos que son mucho más poderosos que nosotros. Esto es sorprendente, ¿cierto? Sin embargo, Santiago usa esta observación como

base de comparación y así poder destacar algo que pocos de nosotros podemos domar: nuestra lengua. Esta importante parte de nuestro cuerpo ejerce control sobre nosotros y, al mismo tiempo, se resiste a ser controlada.

Las representaciones de animales controlados por humanos, desde los saltos de los delfines hasta el pastoreo del ganado y los trucos de los perros, sugieren que tenemos una fuerte inclinación a mantener las cosas bajo control, pero la lengua es un animal completamente diferente. La descripción nos hace ver que nadie puede domar la lengua, especialmente por ser un mal irrefrenable, lleno de veneno mortal. Nuestra única esperanza de controlar nuestra lengua es el poder de Dios actuando en nosotros. Más adelante en esta misma carta, Santiago profundiza en la fuente de nuestros conflictos y guerras (4:1), y deja claro que la lengua es simplemente un instrumento, a través del cual expresamos y perseguimos los deseos y placeres que están dentro nuestro.

En consecuencia, ¿cuál es el principal problema de perder el control en mi hablar? La comparación con el fuego ya ha destacado la destrucción que nuestra lengua puede causar a los que nos rodean. Santiago ahora vuelve a las consecuencias que una lengua no domada puede tener para nuestra relación con Dios. ¿Cuáles son las implicaciones de bendecir a Dios con un lado de nuestra boca, mientras maldecimos a nuestros semejantes, creados a imagen de Dios, con el otro lado? Santiago dice que este doble uso de la lengua es un síntoma de un problema más profundo: La hipocresía.



9 Con la lengua bendecimos a nuestro Señor y Padre, y con ella maldecimos a las personas, creadas a imagen de Dios. 10 De una misma boca salen bendición y maldición. Hermanos míos, esto no debe ser así. (Santiago 3:9,10)

¿La misma fuente?: Hasta el momento, Santiago ha tratado nuestra conducta de forma binaria; por ejemplo, o tenemos fe más obras o no la tenemos; no ha descrito en realidad algo intermedio. Esto puede dar la impresión de que la vida de fe que Santiago tiene en mente se alcanza a través de un simple conmutador o switch. Sin embargo, su discusión acerca de la lengua ilustra la complejidad de esta nueva vida. Nuestra conducta como un todo es lo que

cuenta, no solo las cosas buenas que hacemos. Si bendecimos a Dios en un minuto y al siguiente maldecimos a aquellos que Dios ha creado, ¿qué muestra eso de la calidad de nuestra fe?

Bendecir y maldecir ilustra el mismo tipo de problemas que surge de afirmar que tenemos fe sin obras que la demuestren. Aun cuando somos seres caídos, seguimos siendo a imagen de Dios. A medida que nuestra relación con Dios es restaurada por la fe en Jesucristo, el proceso de santificación y madurez también restaura nuestra capacidad de ser portadores de Su imagen. Lo que Santiago sostiene aquí es que este cambio en nuestro corazón debiera también reflejarse en nuestra conducta hacia los demás, así como nuestras obras reflejan nuestra fe interior. Pero si maldecimos y denigramos a aquellos que Dios ha creado, ¿qué dice esto de nuestra fe? ¿Ha habido realmente un cambio? Santiago nos ordena que abandonemos tal tipo de conducta al declarar que las cosas no debieran ser de esta forma.

Santiago presenta algunos escenarios improbables para recalcar la hipocresía que significa continuar maldiciendo a otros después de que supuestamente hemos bendecido y adorado a Dios.

11 ¿Puede acaso brotar de una misma fuente agua dulce y agua salada?[b] 12 Hermanos míos, ¿acaso puede dar aceitunas una higuera o higos una vid? Pues tampoco una fuente de agua salada puede dar agua dulce. (Santiago 3:11,12)

En el versículo 11, pregunta si de una misma fuente puede brotar agua dulce y agua salada en forma simultánea. La naturaleza del líquido y la ósmosis hacen que esto sea imposible. Si no se mantiene una separación entre ambos líquidos, el agua dulce se manchará y será diluida por el agua salada; no pueden permanecer separadas. La misma lógica se aplica a los creyentes en Cristo. No podemos hablar con Dios y pecar al mismo tiempo; es lo uno o lo otro.

Los ejemplos presentados en el versículo 12 relacionan a la fuente con el resultado. Había un abuelo que tenía una habilidad especial para hacer casi cualquier cosa, incluyendo la horticultura; deseaba cultivar una variedad de manzanas, pero tenía un espacio muy limitado para una huerta. ¿Cuál fue su solución? Injertó tres variedades diferentes de manzanas en un solo árbol, que produjo una cuarta variedad. Era alucinante ver crecer manzanas de cuatro colores diferentes en un mismo árbol. Sin embargo, Santiago nos recuerda que existen límites para los cambios que deseamos producir –cosas que incluso el abuelo no podría hacer. Las raíces de una higuera están genéticamente predisuestas a producir higos, por lo que no podemos esperar que produzca aceitunas. ¿Podemos esperar que un viñedo produzca higos? La respuesta implícita es ‘de ninguna manera’; así tampoco podemos esperar que una fuente salobre produzca agua dulce.

Todos estos ejemplos refuerzan el mismo punto. Permitir pecados en nuestra vida, como mostrar favoritismos y no respetar al pobre, afectará la naturaleza y la calidad del fruto espiritual que llevamos. Algo fundamental debe cambiar, y si no sucede ese cambio radical, sería necio de nuestra parte esperar que el resultado fuera diferente. Santiago no está recomendando un cambio menor a nuestra fachada, sino algo mucho más sustancial. Si Dios ha cambiado realmente nuestro corazón y hemos madurado a través de las pruebas que él ha permitido en nuestras vidas,

entonces deberíamos esperar ver cambios en el fruto que lleva nuestra vida. Si nuestras vidas no producen el fruto que corresponde a una vida de fe, Santiago nos desafía a ir a la raíz del problema: Nuestra necesidad del poder transformador de Dios en nuestra vida.

Continuamos con: Santiago 3:13-18